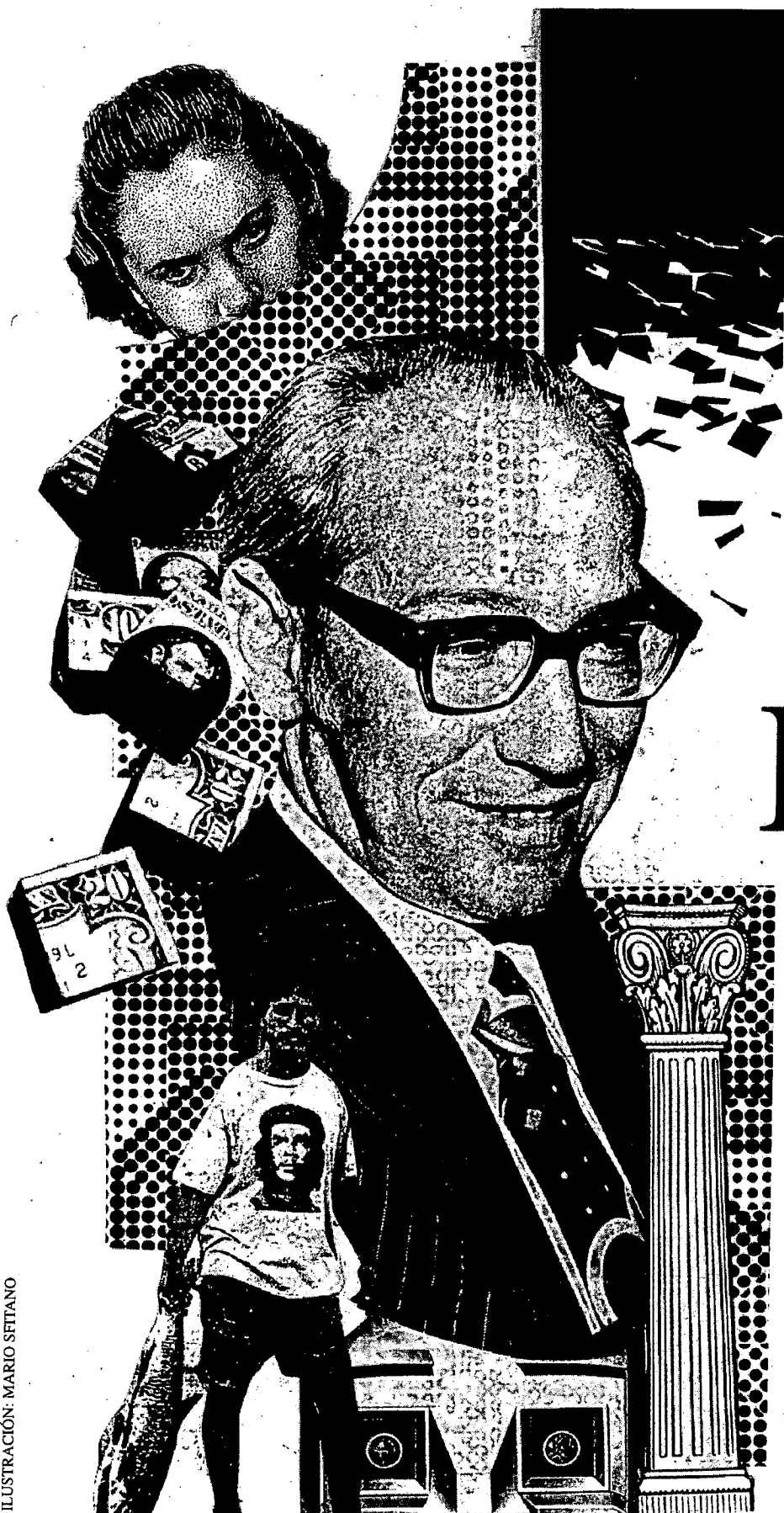


Renny apuntes para un mito

■ Ewald Scharfenberg

La última muerte de Renny Ottolina fue, con todo el descalabro metálico que suele caracterizar al estrellamiento de una aeronave, apenas otra evidencia física de que su destino venía en picada. ¿Desde cuándo? Quien lo quiera determinar, quizás deba remontarse hasta aquella nefasta zambullida que confinó a su hija Rhona en la silla de ruedas. O aún más atrás, hasta 1969, al sonado secuestro de dos de sus hijas. En todo caso, para las elecciones presidenciales de 1978, en las que se postuló como única opción independiente ante el bipartidismo rampante, poco quedaba ya de aquella criatura mediática que durante los años 60 había consagrado a nivel local la televisión como un género específico del espectáculo y que, a poco de finalizada esa década deslumbrante, fue fagocitado por la misma industria a la que dio vida y que terminó por verlo como una amenaza.

El astro derribado de la cima por golpes de ciega desdicha; cuántos elementos de novela no se concentran en esta parábola. Y, sin embargo, el revés definitivo sufrido a bordo de la avioneta YV-1019 P terminó por darle una categoría ya no de fábula aleccionadora, sino de auténtico mito. Una muerte indecible, difícil de imaginar en su instantánea brutalidad, y además misteriosa: tal el tipo de eventos que suele precintar



ese terreno de la mitología, paradójicamente colectivo e inaccesible, donde lo puro racional se preña de emociones.

Como la niebla que acostumbra rodear esos altos riscos de la Cordillera de la Costa donde sucedió la tragedia, un vaho de conspiración sigue flotando en torno a la reconstrucción de los hechos de la tarde del 16 de marzo de 1978. Nuevamente, las intuiciones matizan, si no descalifican de plano, los datos aprehendidos por la razón: a despecho de las experticias del técnico norteamericano Jaime Serra y de otros testimonios igualmente competentes que sugerían un error humano como probable causa del siniestro, y sin reparar en las pruebas exhibidas durante la investigación parlamentaria que siguió al accidente, perduran las dudas transmutadas en consejas que de vez en cuando, por obra de una mano menos artesanal que artera, afloran en las paredes de Caracas con el ominoso grafiti: "CAP mató a Renny". Ni siquiera se pretenda certificar la pertinencia de estas sospechas, aunque, en descargo de la obstinación con que algunos se resisten a aceptar las versiones oficiales, se tendría que recordar que el tenebroso Grupo GATO de Molina Gásperi tuvo a su cargo las labores de levantamiento de los añicos que se constituyeron en pruebas. Habrá que limitarse, pues, a tomar nota de que los argumentos técnicos siguen dándose de nariz contra la sensación amurallada de que algo irresoluble, impensable, impronunciable, y quizás hasta sobrenatural, es lo que yace y yacerá siempre en la desaparición física de Renny Ottolina.

Con frecuencia, en esta tensión cómplice entre lo intelectual y lo emocional encuentra la memoria común la única forma para echar de menos a esos individuos desaparecidos sobre los que, en vida, confluyeron las proyecciones de lo que el grupo desea o pretende ser. Nadie elige estar en esa posición, ni se la gana por cotas de arraigo popular ni por el monto y calidad de los laureles conquistados. De Renny se llegó a decir, documentación en ristre, que importó sin tropicalizaciones previas el formato televisivo de Ed Sullivan, que imitó de Steve Allen ese característico ademán con que se acomodaba los lentes, también emblemáticos, de pasta, y que de la simple emulación pasó al calco descarado de la escenografía y los tiros de cámara del Show de Vera Lynn, transmitido por la BBC de Londres. Que en materia de idolatría otras figuras, como Alfredo Sadel o César Girón, por

ejemplo, consiguieron —en cuantía y fidelidad— hacer las genuinas representaciones de lo nativo con significación universal, que jamás pudo encarnar ese patiquincito de Camoruco de apellido italiano e ínfulas de prematura mundialización. Hasta se podría apuntar que ni tan sólo en la muerte obtuvo un blasón de estricta originalidad, si se considera que 43 años antes un señor de apellido Gardel inauguraba entre la farándula latinoamericana la modalidad de desaparición por vía del siniestro aéreo. No obstante, ninguno de esos alegatos impide a nadie creer —y el verbo parece apropiado, porque aquí hablamos de asuntos rayanos en la fe— que Renny Ottolina fue bastante más que sólo un efectivo vendedor de productos *premium*; no hay un pero tan contundente para persuadir de que tampoco hay aquí pasto para la leyenda, incluso a aquellas nuevas generaciones que del animador apenas tienen la vaga referencia de un alguien muy querido que se malquistó, mucho antes que Chávez, con el presidente Pérez.

Claro que tampoco se trata necesariamente de redenciones telúricas y atavismos al fin saldados. Entre las muchas tensiones simbólicas, afectivas y psicológicas que resumió Renny Ottolina, cuesta echar a un lado su impúdica jactancia, ese afán de perfeccionismo colindante con la tiranía en el que siempre se pudo leer un antiparejerismo que aún hoy se nos antoja a contracorriente con el paternalismo que, en el transcurso de los años 60, se desarrollaría embalado hacia el clímax populista de la Gran Venezuela. Era el hombre público que reconvenía a la masa teledevota mediante el uso, en una cuña institucional, de un rebaño de reses como lacerante símil del mal comportamiento ciudadano. Era el maniquí hierático en el claroscuro de las fotos de Sigala. También el hombre que propalaba con su ejemplo la licitud de hacer dinero y la fascinación de consumir con él todo cuanto la naciente sustitución de importaciones pudiera ofrecer, pero que a la vez sacaba de quicio al *establishment* con su título autoconferido de "primer hippie de Caracas" que, a los 16 años de edad, había probado la marihuana "por el solo hecho de que estaba prohibido". Si parecía, quizás sin serlo del todo, revolucionario o *outsider*, seguro que era algo que jamás ocurría contra su voluntad de comunicador. Tal vez sólo fuera un ser extraordinario que, como todo trastorno de la norma, se atraviesa en el gajnate de una colectividad que nunca alcanza a saber

cómo asimilarlo. Casos que no abundan demasiado, aislados y esporádicos como son, que se recuerdan como la piedra en el zapato del gentilicio, pero que a lo mejor catalizan un aspecto genéticamente codificado del sentir venezolano: es probable que siempre nos hayamos querido presentar como Miranda, soberbios, cosmopolitas, fatalmente condenados al éxito foráneo y a la ineptitud local, aunque invariablemente terminemos por preferir ser como Páez, vivaces, silvestres, astutos, desobligados, y con unas ansias tremendas de ser reconocidos por la mantuanidad global.

Antes de que se instaurara el imperio del Tiempo Real, Renny obtenía un efecto de acercamiento y acontecimiento para cada una de sus transmisiones pregrabadas. Su garbo innato y la condición de pionero sin duda le dieron ventaja ante una audiencia que asistía, arrobada, a los pininos del entretenimiento televisivo. Entonces, muy por encima de un Víctor Saume o un Henry Altuve, tenía cómo cordializar con naturalidad durante un viaje a París, en un diálogo con Mina o Charles Aznavour, o en el ceremonial de palacio. Hablaba inglés, francés, italiano y algo de alemán, pero se especializó en la traducción simultánea de las técnicas y maneras del espectáculo —valga decir, de la comunicación— que apenas empezaban a estar en boga en el centro del mundo, y con esto dio pie para cimentar la hipótesis de que acaso azuzara en su quehacer las causas de una histórica querrela que mantenemos con nuestra conciencia colectiva: ¿somos lo que hemos querido ser, o queremos ser lo que no podemos? Cualesquiera sean las respuestas para la distancia que se abre entre lo que se es y lo que se representa, no se podrá negar que sólo se añora aquello que nos luce propio y se perdió, o todavía no se consigue.

Que quede sentado después de estas disquisiciones que el intento encaminado a demostrar, a partir de la data del *rating* o la enumeración de Guaicaipuros de Oro, la imposibilidad de que Renny Ottolina acceda al Olimpo de la mitología local, desembocará en un ejercicio estéril. Y no porque, aún con carácter póstumo, esté todo dicho acerca del personaje, sino por lo contrario: porque ya no hay cómo incidir en la formación del mito. Lo que no resulta fácil de reconocer pues, al contrario de la existencia estridente y vertiginosa del hombre de TV, éste es un proceso paulatino, silencioso, subterráneo e indetenible, así como se sigue moviendo la historia, así como se mueve el planeta mismo □